

profesion de que el mundo no se puede pasar, y que le será aun mas necesaria que nunca durante medio siglo. Mi buen tio puede, pues, si bien le parece, atar su dominio y su nombre plebeyo con las cintas de tu delantal, y tú casarte si quieres con su nuevo favorito, llevando juntos una vida pacífica, tranquila y regular en gracia de Dios. En cuanto á mí, mi partido está tomado, jamas haré la corte á nadie para obtener una herencia que debe pertenecerme por derecho de nacimiento.

Miss Mac-Intyre apoyó la mano en el brazo de su hermano, y le rogó que hablase con menos vehemencia. — ¿Quién te perjudica, quien pretende perjudicarte, le dijo, sino tu propio genio impetuoso? ¿Que peligros tienes que arrostrar, sino los mismos que tú amontonas sobre tu cabeza? Nuestro tio se ha portado hasta aquí con nosotros con una bondad verdaderamente paternal; ¿por que suponer que obrará diferentemente de lo que ha hecho desde que la pérdida de nuestros padres nos puso bajo su proteccion y amparo?

— Es un excelente viejo, lo confieso, respondió Mac-Intyre, y me incomodo conmigo mismo si alguna vez llevo á ofenderle; pero sus eternas arengas sobre puntos que no valen un grano de anís, y sus interminables

disertaciones sobre vasos y cazuelas rotas, me sacan frecuentemente de mis casillas. Debo confesarlo, siento en mí alguna cosa del carácter de Hostpur.

— Demasiado, hermano mio, demasiado. ¿Cuantos riesgos no te ha hecho correr ya ese genio violento que tienes, y alguna vez, permite que te lo diga, en lances que no te hacen mucho honor! Procura que tales sombras no vengan á encapotar el tiempo que tienes que pasar con nosotros, y muestrate á nuestro bienhechor tal como eres, bueno, generoso, vivo, pero no fogoso ni testarudo.

— ¡Bravo! primera leccion. Buenos modales, esta será mi consigna; y para empezar, trataré con civilidad á tu nuevo amigo. Voy á decir algo á ese señor Lovel.

Con esta resolucion, sincera en aquel momento, se reunió con el resto de la compañía. La triple disertacion habia dado fin, y sir Arthur hablaba de noticias estrangeras y de la situacion política y militar del pais, sobre cuyos puntos todo el mundo se cree en estado de meter su cucharada. Habiendose sacado en campaña una batalla del año anterior, Lovel tomando parte en la conversacion dió algunos detalles cuya exactitud pareció dudosa al capitan Mac-Intyre, que se lo observó aunque con atencion.

— En esta parte debes confesar que no tienes razon, Hector, dijo el señor Oldbuck, por mas que no conozca á nadie á quien sea mas difícil arrancar semejante confesion. Tú te hallabas entónces en Inglaterra, y el señor Lovel estaba probablemente en el lugar de la escena.

— Segun eso, ¿estoy hablando con un militar? dijo Mac-Intyre; ¿puedo saber á que regimiento pertenecia el señor Lovel?

— Lovel le indicó el número del regimiento.

— Es muy estraño que no nos hayamos encontrado nunca, señor Lovel. Conozco perfectamente su regimiento de vm., pues era de la misma division que el mio.

El rostro de Lovel se cubrió de encarnado por un instante. — Hace algun tiempo que no he estado en mi regimiento, respondió, he servido en la última campaña, en el estado mayor del general sir...

— Pues mas estraño es esto todavía. Yo no he servido bajo las órdenes del general sir... pero he conocido todos los nombres de los oficiales de su estado mayor, y no tengo presente haber visto entre ellos el de Lovel.

Esta observacion sonrojó de nuevo á Lovel; pero esta vez el encarnado de sus mejillas fué bastante marcado y duradero para llamar la atencion de toda la compañía, en tanto que

una sonrisa de desprecio parecia indicar el triunfo del capitan Mac-Intyre.

— Algun misterio hay en esto, dijo Oldbuck para sí, pero no abandonaré tan fácilmente al fenix de los compañeros de diligencia. Sus acciones, sus discursos, sus modales, todo anuncia en él un hombre bien nacido.

Entretanto Lovel, abriendo su cartera, tomó una carta que sacó de su envuelta, y presentandola á Mac-Intyre: — Vm. conocerá probablemente, le dijo, la letra del general.... acaso no debiera enseñar á nadie las exageradas espresiones de su estimacion y de su amistad por mí. — Aquella carta contenia la accion de gracias y repetidos elogios por un servicio militar recientemente ejecutado. El capitan; despues de haberla examinado, no pudo negar que fuese la letra del general.

— Pero, añadió con sequedad al volverla, no hay aquí el nombre de la persona á quien va dirigida.

— Esta persona, capitan, respondió Lovel con el mismo tono, la conocerá vm. cuando tenga la bondad de preguntarmelo á solas.

— Lo que por cierto no dejaré de hacer, replicó Mac-Intyre.

— ¡Holá! ¡holá! exclamó Oldbuck, ¿que significa esto? ¿ya anda el diablo en cantillana? No queremos aquí bravatas ni bala-

dronadas. ¿Vuelves acaso de hacer la guerra al extranjero para introducir la discordia en nuestro país pacífico? ¿Eres acaso como los jóvenes mastines que, cuando se ha arrancado el pobre toro de su furor, se embisten unos á otros, y muerden las piernas á la gente que pasa?

Sir Arthur dijo que se prometia que aquellos señores no llegarían al extremo de incomodarse por una friolera tal como era la direccion de una carta.

Ambos aseguraron que estaban muy distantes de ello, y juraron, encendido el rostro y los ojos echando chispas, que en toda su vida no habian estado mas tranquilos. Sin embargo, una espesa nube pareció envolver á toda la compañía, y todos hablaron con demasiada seriedad para que fuese alegre y jovial la conversacion. Lovel, por las miradas que le echaban á hurtadillas, y por la frialdad con que le respondian, conoció que se habia hecho sospechoso á parte de la reunion; y persuadido de que sus respuestas á las preguntas del capitán le habrian colocado en un punto de vista poco favorable, tomó la heroica resolucion de sacrificar el placer que habia pensado disfrutar pasando el día en Knockwinnock.

Aparentó pues dolerse de un violento dolor

de cabeza ocasionado por el calor del sol, despues de tanto tiempo como tuvo que estar en casa á causa de su indisposicion, y rogó á sir Arthur que se sirviese disimular si le era imposible cumplir su ofrecimiento. El baronet, mas sospechoso que agradecido, no insistió sino hasta donde exigia la urbanidad. Cuando se hubo despedido de las señoras, Lovel notó en miss Wardour mayor agitacion de la que habia mostrado hasta entónces. Indicó con una mirada que echó al capitán, y que solo observó Lovel, cual era la causa de su inquietud, y dijo á este último bastante conmovida, que no presumia que fuese otro empeño menos agradable el que la privase del placer de su compañía. Lovel respondió que no habia contraído ningun empeño, y que solo la repeticion del mal de que adolecia le obligaba á retirarse.

— El mejor remedio en semejantes casos es la prudencia, y yo.... como todos los amigos del señor Lovel, debemos esperar que no la perderá de vista.

Lovel la saludó sonroseandose, y miss Wardour, como si hubiese conocido que se adelantó demasiado, volvió las espaldas y subió al coche. Ya no le quedaba á Lovel mas que despedirse del anticuario á quien Caxon durante este corto intervalo habia compuesto un

poco la peluca desordenada, y cepillado la cascaca que no respetó el polvo en medio de las ruinas. — ¡ Como! exclamó Oldbuck, apuesto á que va vm. á dejarnos á causa de la curiosidad indiscreta y de la violencia de ese loco de Hector. Es un imprudente, un malcriado; estaba todavía en brazos de su ama de leche, cuando me echó su chupador á la cabeza, porque no quise darle un pedazo de azúcar. Vm. tiene demasiado juicio para hacer caso de lo que diga ese cabeza de chorlito. Acuérdesse vm. de nuestro amigo Horacio: *æquam servare mentem* (1). Yo me encargo de echar una buena peluca á Hector, y de llamarle al órden.

Persistiendo Lovel en su designio de volver á Fairport, el anticuario tomó un tono mas grave. — ¡ O jóven! le dijo, cuidado en abandonarse á la fogosidad del momento; recibimos la vida de la Providencia por un objeto útil y laudable, y vm. debe conservarla para honor de la literatura de su patria, cuando no sea vm. llamado á esponerla para su defensa ó la del oprimido. La guerra de hombre á hombre era una práctica desconocida en los antiguos pueblos civilizados, y es de todos los absurdos introducidos por las tribus gó-

(1) Conservar la igualdad de ánimo.

licas el mas grosero, el mas bárbaro, el mas impío. No piense vm. mas en esta contienda ridícula; yo le enseñaré á vm. el tratado que componia sobre el desafío, cuando el alcalde y el escribano de la ciudad, queriendo darse tono y pasar por caballeros, se desafiaron. Mi designio era imprimir aquel ensayo que firmé *Pacificator*; pero fué inútil, porque el ayuntamiento tomó á su cargo arreglar la cosa.

— Yo le aseguro á vm., caballero mio, que nada ha pasado entre el capitán Mac-Intyre y yo que necesite de tan respetable intervencion....

— Lo celebro infinito, porque de otro modo yo les serviria de padrino á los dos.

Diciendo esto, el anticuario subió á la silla de posta, cerca de la cual miss Mac-Intyre detenia á su hermano, semejante al amo de un perro arisco, que le sujeta con la cuerda para que no atropelle á nadie. Pero Hector se burló bien de esta prudente providencia. Como iba á caballo, se quedó detras de los coches, hasta que llegaron á un recodo que hacia el camino para dirigirse á Knockwinnock; y entónces dando vuelta y picando la espuela, tomó á galope largo el camino de Fairport.

Pocos minutos le bastaron para alcanzar á Lovel, que previendo acaso la idea del capitán

marchaba muy despacito. El ruido de un caballo que venia á todo escape, le anunció la llegada de Mac-Intyre. Este jóven militar, naturalmente fogoso y acalorado por la rapidez de su carrera, paróse de un modo brusco al lado de Lovel, y tocandole ligeramente el sombrero con la mano, le preguntó con orgullo: — ¿Cual era la intencion de vm., caballero, al decirme que conoceria la persona de la carta cuando se lo preguntase á solas?

— Unicamente, caballero, la de hacerle saber que me llamo Lovel, y que habito en la actualidad en Fairport, segun indica esta tarjeta.

— ¿Y estos son todos los informes que tiene vm. que darme?

— No sé que derecho asiste á vm. para pedirme otra esplicacion.

— Habiendole hallado en compañía de mi hermana, caballero, tengo derecho de saber quien es vm.

— Este derecho yo me tomo la libertad de disputarselo. Me ha hallado vm. en compañía de personas que se han contentado de lo que yo he tenido por conveniente decirles sobre mis negocios, y un hombre recién llegado, que considero como un estrangero, no puede ni debe preguntarme otra cosa.

— Señor Lovel, si ha servido vm., como dice....

— ¡Si he servido, como digo!....

— Sí, señor, tal es mi espresion. Si ha servido vm. como dice, no ignorará vm. que me debe una satisfaccion de un modo ú otro.

— Si piensa vm. asi, capitán, estoy muy pronto á dársela del modo que suelen hacerlo los hombres de honor.

— Muy bien, caballero, estamos entendidos, dijo Hector; y dando media vuelta á la derecha, se fué corriendo á reunirse con los demas.

Su ausencia se habia ya notado, llenando á todos de sobresalto. Su hermana mandó parar la silla de posta, y miraba por la portezuela para ver si le descubria en alguna parte.

— ¿Que viene á ser esto? preguntó el anticuario al capitán. ¿Por que galopar de este modo á derecha é izquierda, como si se tratase de una apuesta?... ¿Por que se ha separado vm. de los coches?

— Habia olvidado un guante, tío, respondió Hector.

— ¡Olvidado! mas pronto me temo que no hayas ido á tirarle; pero yo te atisbaré de cerca, ¡cabeza destornillada! y te obligaré á volver conmigo esta noche á Monkbarns. Diciendo esto, dió orden al postillon de pasar adelante.